

## El Señor Doctor Don Rafael Serrano (\*)

"SI HAY DIOS, ANTE EL RESPONDERA DE LO QUE HA HECHO; MAS SI NO LO HAY, FUE CON CERTEZA UN HOMBRE EXCELENTE".

URBANO VIII (PAPA).—EN SU APRECIACION DE LA VIDA Y OBRA DEL CARDENAL DUQUE DE RICHELIEU.

### IN MEMORIAM

Cumple a mi deber, ante todo, motivar de alguna manera mi presencia en este lugar de todos mis respetos y simpatías, por más que en él me es sumamente honroso y grato no considerarme extraño ni desconocido en lo absoluto, ni de los honorables profesores, ni menos de los estudiantes que se sirven prestarme su atención. Sin haber tenido el privilegio de ser hijo de esta ilustre casa, cábeme la satisfacción de llamarme hermano en espíritu de sus hijos o retoño de la misma civilización que ellos personifican; aprecié y admiré sinceramente al altísimo maestro y sabio que habeis perdido, me honré con su amistad, y vengo a traer la expresión cordial de mi pésame y a contarme en el número de los fieles de esta bien justificada glorificación; confiando, tanto en vuestra benévola indulgencia, como en la convicción de que nos une un mismo sentimiento de pesar, idéntico culto a lo que hay de más grande y digno del ser humano, —soy yo creyente firmísimo de esta religión verdaderamente universal,— y especialmente la solidaridad de las ideas y de la cultura de que blasonamos, como acontecía en el Mediterráneo con los hombres de ideal, de estudio y de espíritu abierto a todas las corrientes de la comunicación social y del progreso, en la época floreciente del desenvolvimiento griego y el esplendor de Atenas.

Permitidme, pues, que sin poder invocar otros motivos deposite aquí una humilde ofrenda de admiración y respetuoso afecto en homenaje del inolvidable doctor Rafael Serrano.

---

(\*) Trabajo leído la noche del 12 de marzo de 1927 en el Colegio del Estado, ciudad de Puebla, en la conmemoración del Doctor Serrano.

Entre los acaecimientos de que dan cuenta en estos años nuestros diarios en sus ediciones matutinas, figura un crecido número de defunciones de personas de las distintas clases sociales; aunque pocos de tales dolorosos sucesos, a juicio de los conocedores de nuestro país, tienen trascendencia más allá de lo doméstico. Como no puede gloriarse México de tener abundancia de espíritus selectos, y muchos sienten que en el particular descaecemos lamentable e irremediablemente, cuando perdemos a uno de los pocos compatriotas que en verdad nos dan gloria, de los poquísimos que merecen ser propuestos por modelos de ciudadanos y de hombres, de creadores de lo que civiliza y eleva, el alma es invadida por intensísima pena.

Entre esos espíritus sobresalientes se contó en nuestra Patria hasta hace muy pocos días, hasta el 9 del último febrero, al sabio y gran médico don Rafael Serrano, tan sabio y tan grande que supo competir con los mejores de las naciones civilizadas, siendo superior a muchos de aquellos en cultura general y en haberse dedicado durante más de cuarenta años a señalar a adolescentes y jóvenes escolares de la ciudad de Puebla el rumbo que conviene dar a la inteligencia y a la actividad para evitar las inmoralidades sociales y de otra índole, los errores de las sociedades perezosas e ignaras y hasta los casuales descuidos de los hombres que obran sin pensar previamente. Nadie puede en efecto disputarle este timbre, por haber sido legítimamente ganado, ni tampoco el de haber aplicado con acierto a la enseñanza y a la Medicina el método científico o positivo que con firmeza adoptó desde los comienzos de su singularización como estudiante de vigoroso entendimiento y dedicación profunda.

Al terminar su carrera médica Rafael Serrano en la nombrada Puebla, en el año de 1884, comenzaban a sentirse en la enseñanza en México los saludables efectos del sistema planteado por Barreda en el Distrito Federal en 1868. La capital del Estado en que nació y se educó Serrano fué de las primeras en comprender y secundar a Barreda, y llevó las ideas de éste a tal grado de perfección, que apenas podía esperarse mejora cuando el propio Serrano inició su carrera docente. Esta fué de ascensión continua y en ella Serrano cifró siempre sus ensueños en contribuir a que los educandos fijasen bien en su mente nociones positivas fundamentales dadas con claridad y con extensión tal que jamás les sirvieron de embarazo. A sus diligencias de celoso catedrático no se ocultó que lleva grandes ventajas quien adquiere un buen método, y mucho hubo de instruirse para posesionarse en la totalidad y en sus pormenores del positivo, a fin de darlo a sus alumnos con útiles reflexiones suyas, oportunas y valiosas y siempre fundadas.

Floreció el Dr. Serrano en la época más brillante para la ciencia en México, que no es de extrañar creyesen de decadencia los que mirando sólo a lo político y se contentaban con una especie de nomenclatura de las varias

clases de regímenes democráticos, no previeron que la democracia en su posible aplicación entre nosotros causaría tal menosprecio y asco, por decirlo así, a los venideros, que a éstos inspirarían indecible respeto y profundísima veneración los mexicanos cultos de los setentas a los noventas del siglo dicho y de la primera década del siglo XX; hasta el punto de apenas atreverse a abandonar sus huellas. ¡Preciosa prerrogativa de los hombres eminentes, de los que logran inmortalizar con sus hechos los años en que han vivido!

Nada faltábales en Puebla a los maestros de Serrano y a Serrano y sus concolegas, porque todo lo tenían: el claro talento, el fino y delicado gusto que introduce en el ánimo la educación sólida y completa, el esmero con que cultivaban sus respectivos ramos, facultades de análisis y síntesis, la antorcha de profundas investigaciones y los fundamentos de doctrinas demostrables. No es de extrañar que apoyados en bases tan firmes hubiesen sobresalido; que su autoridad haya sido respetable; que a su sombra la sociedad poblana se haya sentido fuerte y con legítimo orgullo; que hayan dado muestras de conocer la ciencia, las artes y la filosofía; y que ya explicando de propósito o ya por incidencia hayan probado con distintas labores, no menos juiciosas que delicadas, que no les distrajo de sus nobles tareas, ni otras gratas y de mayor gloria, ni la inconstancia que es privativa de muchísimos de los hombres de estudio en los pueblos jóvenes. A pesar de la real modestia que caracterizó a esa preciada pléyade angelopolitana, como en varias ocasiones probó su amor al orden, al arduo laborar, al discernimiento y al buen gusto, su amplísima instrucción y su abandono de la rutina, brillaron esos esclarecidos profesores y sabios más allá de Puebla, muy más allá de la ciudad histórica y tantas veces célebre.

Nada es más común ni parece más sencillo a indoctos y a personas de incompleta cultura, que hacer de un golpe todas las mejoras imaginables en las sociedades, y organizarlas de una manera enteramente ideal en las leyes. Así debiera ser para bien de todos, si frente a la facilidad de forjarse ilusiones y de trazar proyectos, no se viese en todos los pueblos y en todos los siglos que cuesta muchos años y aun lustros a la mayor parte de los hombres el adelantar un solo paso en el camino de las saludables reformas en las costumbres personales y domésticas, cívicas y humanas. El análisis de las leyes, de que tantas ventajas reporta el género humano no es sino una de las bases de las reorganizaciones sóciles; no puede ponerse en duda la utilidad de hacer conocer los fundamentos y el origen de la vida social, y los términos empleados para limitar el poder de los gobernantes y decir a los gobernados sus deberes; mas los que pretenden que puede aplicarse toda doctrina desde luego, de cualquier modo y en cualesquiera dosis que se suministre, se olvidan de las realidades y de lo difícil que es luego desen.

marañar y poner en claro las cosas revueltas en la legislación y en el pensamiento.

Los entendidos profesores de Puebla a que me he referido, que forman toda una época brillante de la historia de aquella parte de la República, como maestros en sus distintas facultades y acostumbrados a desentrañar principios de la buena observación de los hechos, empleaban largo tiempo de meditación para penetrar los sistemas ajenos, y si con firmeza sostuvieron que el suyo lograría el privilegio de llegar a ser universal y comprendido con facilidad por cualquiera de mediana o mejor inteligencia, se debió a su convencimiento de que podían demostrar las bondades de su mismo sistema. En una palabra, anunciaron ideas que todos podrían entender; alejaron las confusiones para estudiar bien y razonar propiamente; y enseñaron en qué consiste la buena inferencia, y que el estudio de las artes y las ciencias debe efectuarse de un modo que las haga útiles al linaje humano o sin tomar la puntería sobrado alta. Bien sabían que empeñarse en buscar y en obtener la perfección de las cosas humanas precede de invariable modo y muy de cerca, en todas ellas sin excepción, a su penosa decadencia. «A fuerza de querer purificar la harina, dice el eximio jurisconsulto mexicano Agustín Rodríguez, se ha acabado por producir un pan muy blanco y muy ligero, pero que ha perdido casi todos sus elementos de nutrición». Sin salirse esos doctos profesores de las materias que respectivamente les ocupaban, sin extralimitarse en sus funciones, dentro de lo limitado de la inteligencia humana, levantaron un perenne monumento a Puebla al propagar las sabias doctrinas enumeradas, al desarraigar preocupaciones, al poner fuera de sus campos las verdades abstrusas, las recónditas filosofías, los sutiles escolasticismos, los respetables santuarios y los profundos arcanos!

Entre tales gloriosísimos arquitectos descolló Rafael Serrano; y no debe olvidarse que se hombreaban con él un Francisco Béistegui y un José Manuel Lobato, un Secundino Sosa y un Manuel Toussaint, un Felipe Teófilo Contreras y un Ernesto Solís, un Heliodoro González y un Gustavo O'Farrill, un Felipe Neri del Castillo y un Atenedoro Monroy, un Francisco Bello y un Pablo Solís, un Rafael Martínez Carrillo y un Carlos Revilla, un Carlos Bello y un Eduardo Gómez Haro, un Neftalí Díaz y un Manuel Domínguez, un José Mariano Pontón y un Emilio Cervi. Como que a estos fulgentes astros los formaron soles como un Manuel Azpiroz y un Emilio Morales, un Miguel Serrano y un Félix Béistegui, un José Rafael Isunza y un Agustín M. Fernández, un Francisco Marín y un Manuel Mena, un Joaquín Ibáñez y un Manuel Rivadeneyra, un Carlos Orozco y un Plácido Díaz Barriga, un Manuel A. Romo y un Pedro Senties, un Juan Carrasco y un Luis G. Zaragoza.

Para que se vea de un modo palpable el gravísimo inconveniente que

tiene la aplicación indiscreta de los principios ideológicos, y el hacer más caso de ellos que de la observación de los hechos y de las leyes científicas a éstos apoyadas, ya que de poblanos se trata, no será fuera del caso recordar que el reputado, conocido y gran periodista Trinidad Sánchez Santos (natural de Puebla de los Angeles) en su periódico el *Pats*, faltando a los cánones científicos más elementales, creyó haber aniquilado del todo la reputación de su conterráneo Gabino Barreda sindicándole de *ignorante* por haber asentado que si los gases suben en la atmósfera débese a la acción de la pesantez. Para casos tales es muy cómodo el sistema de no querer comprobar los asertos y dar a la estampa tan garafales desatinos!

He aquí patente la necesidad de que los que enseñan se persuadan, al desempeñar sus tareas, de que no van a formar y plantear principios a su guisa, sino a explicar de qué manera suceden los fenómenos de toda especie y cómo están enlazados unos con otros. El ideólogo toma una idea y analiza y fija el rumbo y progresos del discurso humano, describe las sociedades como cree que se han formado o que debieron formarse, y traza rumbos a éstas; el sabio, en cambio, ora se llame Isaac Newton, ora Blas Pascal, ora Angelo Secchi, ora Louis Pasteur, ora Rufino José Cuervo, ora Rafael Angel de la Peña, no se siente autorizado a alterar los hechos en lo más mínimo, porque sabe que su cometido se limita a presentar bajo un sistema ordenado todos los fenómenos que le competen, esto es, su carácter y enlace con otros, y que no está obligado a exhibir un ordenamiento ideal, una belleza sublime, sino a representar exactamente lo que estudia o a procurar que su representación del cosmos, de la sociedad o del hombre se acerque a la verdad cuanto más pueda acercarse. Cuando se medita en el contraste de lo que hace un ideólogo y de lo que ejecuta un sabio ¿podrá ponerse en duda el grande y beneficioso influjo que tiene en la vida una enseñanza como la que dieron en Puebla Serrano y sus pares y los maestros de unos y otro?

Por la capa y por el modo de embozarse son conocidos los españoles en el mundo, y por la elegante y discreta mantilla las graciosas españolas; así se distinguen dondequiera los que quieren sujetar el curso de una sociedad a los caprichos y a las reglas sistemáticas de la ideología, los que cortan y trinchan a su antojo, de los que no pasan por alto ninguna de las circunstancias que constituyen un estado social cualquiera. El amor de éstos a las verdades de apoyo en la observación y la experiencia se aviva con el estudio y la práctica docente; en el Dr. Serrano fué patentísimo el hecho y llegó casi a delirio su predilección al estudio, habiendo sido de los que más contribuyeron en la República Mexicana a enriquecer nuestra enseñanza de las ciencias abstractas y de la Medicina. La práctica médica y de enseñar y sus estudios le proporcionaron, no sólo una copia abundante de conocimien-

tos, sino aquel don, aquella especie de tacto que se siente más bien que se explica, para tratar a toda clase de personas, que le distinguió llevándole a las más puras regiones de la bondad, de lo moral, de lo humano y de las demás humanas excelencias.

No se prometió nunca el Dr. Serrano ser una celebridad, un profesor de doctrinas originales, pues era modesto hasta lo más humilde que pueda ser imaginado; pudo en cualquier momento haber señalado lo mejor, porque lo conocía, y se contentó en todas las ocasiones con indicar lo hacedero, con circunscribirse a lo asequible, pues su gran sabiduría le enseñó que los hombres acostumbrados a una vieja práctica no pueden dejarla en un segundo o con una orden autoritativa, sino con lentitud o dejando que obre la razón y el transcurso del tiempo.

Tener por factible que se formen maestros de repente, y por conveniente que se acepten las muchas y simultáneas novedades de los maniacos reformadores, no lo aceptó jamás Serrano, nunca; porque era observador habituado a consultar el gusto y preocupaciones de los hombres; todas sus enseñanzas fueron fruto de sus largas meditaciones sobre sus buenos autores y sus elevadas funciones docentes y profesionales; todas sus reflexiones tenían la base del estudio completo de los asuntos a que se dedicaba y no le lisonjeó la idea de que hubiesen sido bastantes sus lucubraciones tranquilas sobre los temas que le concernían. Cuando no veía grandes ventajas en dejar el camino común y trillado en su complicadísima arte de curar, no lo abandonaba, en espera de que pudiese sacar mejor partido de otro nuevo; y esta conducta tan loable le sirvió muchísimo en la atención de sus innúmeros pacientes enfermos del cerebro, a centenares de los cuales les devolvió la salud plenamente esclareciendo los fundamentos de su sistema con resultados tan halagadores como los aludidos.

Apoyado en los mismos principios de sencillez y con el objeto de que sus alumnos no aprendiesen sino lo que les era indispensable o sobre manera útil, omitía disertaciones en sus cátedras que habría podido dar día tras día por la extensión y profundidad de sus conocimientos; en lo que sí no había parvedad ante sus mismos alumnos era en lo tocante a método, allí todas las glorias las sacaba a relucir, allí hablaba de todos los escritos originales, para arraigar a sus educandos en los principios que forman la buena lógica, y precaverlos del contagio, que sin ese antídoto o preventivo debía pegárseles del contacto con sofistas y malos razonadores que las recias luchas de la vida obligan a tratar, ya directamente, ya en pésimos libros y detestables producciones.

Debo insistir en la grandiosa tarea que se impuso el Dr. Serrano de formar en sus varias clases buenos razonadores; porque si el buen razonamiento es siempre estimable como guía en la vida, en sociedades como

la mexicana en que apenas se practica constituye una bendición verdadera. Muchos desdennan de buena fe las operaciones lógicas; de buena fe, repito, al advertir que profesores y hombres cultos que debieran razonar bien no lo hacen, lo cual no quiere decir que sea inútil o embarazoso saber razonar. En países de la cultura del nuestro es sobrado importante que las personas dedicadas al estudio sepan razonar, porque los buenos razonamientos son gran medio para interpretar los hechos, y fuente de fundados asertos; no podemos observar en numerosos casos, ni experimentar tampoco; mas sí podemos lucubrar con los datos de observaciones y experiencias ajenas, y forjar sanas teorías que se estriben en discurrir bien o con fecundidad y acierto. El célebre químico Berthelot y el sagaz experimentador Claudio Bernard sostuvieron, en sus controversias con el inmenso Pasteur sobre la causa de las fermentaciones, que el verdadero fermento no era en todos los casos un microorganismo, sino la cimasa amorfa elaborada por aquel; los hechos conocidos en los días de la polémica daban la razón a Pasteur, más luego el haber podido aislar la alcoholasa de los *Saccaromyces* otorgó el triunfo a los teóricos inteligentes. ¡Cuántos y cuántos tesoros tenemos en los anales de nuestra vida académica en los buenos discursos de nuestros modestos sabios que fueron naturalmente o por cultivo sagaces razonadores!

Para cumplir con el papel que voluntaria y gustosamente se impuso el Dr. Serrano y que, por eso mismo, desempeñó a maravilla, hubo de entregarse a la lectura de los autores que formaban el principal depósito de la ciencia y su filosofía, sin que lo retrajesen de su empeño ni lo voluminoso de algunos, ni lo costosísimo, para sus recursos, de otros, ni la diversidad de lenguas en que escribían. Tales milagros obra en los verdaderos estudiantes la afición al saber; el estudio en ellos lo hermosea todo y lleva a olvidar aun el filosofismo que se desliza actualmente en las escuelas, — y que para muchos es insoportable, — porque es carrera más ancha, fácil y desembarazada la de desatinar cada cual a su antojo, que la de escribir con claridad y fundamento y siquiera con corrección y pureza.

La fría templanza caracterizó al Dr. Serrano en todos sus actos, y si alguna vez hablaba de ajenas faltas y de graves defectos en otros, lo hacía en términos abstractos y únicamente para apartar a sus discípulos de aquellas mismas faltas y de los sobredichos defectos. La preocupación o el prejuicio, la rivalidad, el resentimiento, jamás movieron su palabra, tan donosa como elegante; jamás guiaron su pluma, tan favorable como presta a todo lo elevado.

No demoró en países extranjeros Rafael Serrano, ni siquiera en la metrópoli mexicana. Toda su ciencia la adquirió en su querida Puebla; lo cual prueba que el sabio puede formarse en provincia si tiene gran talento y positivo amor a la cultura.

Sus escritos ¡ay! no fueron lo que sus admiradores deseábamos fuesen: copiosos. Su humildad sincera le impedía producir; sentía no valer nada, no obstante que se adunaban en él un gran caudal de conocimientos relativos a los asuntos en que se ocupaba y un clarísimo entendimiento con una facultad de expresión gallarda y tan bella a las veces que le permitía versificar con pureza y donosura.

Su alma fué tan blanca que no logró adversarios; su intento de mejorar, en cuanto de él pendía, a sus semejantes, nacido de su carácter benévolo, le volvía temeroso de seguir sendas erróneas; y habría mirado con delirio que hubiese podido pensar siquiera que había llegado a las lindes de la perfección en su profesión médica y en general en su carrera. Complacíase, por lo tanto, en ilustrarse con observaciones ajenas, ya que su noble anhelo de conocer la verdad, de aspirar a conseguirla, su empeño en acertar, le llevaban a aprovechar cuanto le enseñase, a no perder ninguna especie útil, a buscarla, a adelantar un paso en la senda que recorría en su laboriosa vida. El carácter bondadoso del Dr. Serrano se recordará en Puebla hasta que Puebla exista; la brusquedad le fue desconocida; de orgullo no se le conocieron ni indicios. El estudio, sus tareas oficiales y sus obligaciones de buen médico y la familia, le absorbieron de todo en todo.

La biblioteca del Dr. Rafael Serrano era de las mejores de Puebla, muy notable por lo rica y lo selecta, bajo todos aspectos. En su despacho y en diferentes habitaciones tenía armarios llenos de libros que había leído, que conocía a fondo. El mismo despacho y las propias habitaciones estaban adornadas con objetos variados e interesantes que recreaban la vista, testigos de su intenso amor al arte en sus ramas musical y pictórica, escultórica y poética.

La revolución mexicana de 1910 a 1927, la guerra universal de 1914 a 1918 y la muerte de su consorte, ensombrecieron los años postreros del Dr. Serrano. A partir del último tristísimo suceso y en parte por la amarga soledad en que sentíase, hubo en el muy apreciable galeno un fenómeno de metamorfosis mental: *su vuelta al Catolicismo*. No fue manifestación de triste descaecer; no fue tampoco fenómeno sugerido por íntimo concolega o familiar amadísimo; fué acto consciente, reflexivo, y, debo proclamarlo, grato en extremo al espíritu noble del eminente médico. No es insólito el acontecimiento; ni es el primero, ni será el último. Aquellas terribles convulsiones de 1910 a 1927 y de 1914 a 1918 y sus espantosas consecuencias de desintegración, tan amenazadoras para los hombres de las costumbres del Dr. Serrano, sumadas a la mayor de las desgracias domésticas, prepararon el alma del doctor en su vejez a un retorno teológico que nada tiene de inexplicable, porque cuando las personas al influjo de ciertos antecedentes se preocupan más con la cultura moral que con la actividad social, indus-

trial o mental, buscan el amparo que han menester en las instituciones morales más respetables a su alcance. Tal fue el caso del estimado Dr. Rafael Serrano, del justamente admirado médico y consumado catedrático.

Las líneas precedentes han sido trazadas con ánimo desapasionado; ni siquiera tienen el intento de conquistar un aplauso más de los católicos para el honorable Dr. Serrano; su único alcance es asociar una explicación sociológica plausible y sincera a un acto de su vida que le llevó tranquilo al sepulcro y que quienes fuimos sus colegas contemplamos desde el primer momento con profundísimo e invariable respeto; acto que no es óbice para que cordialmente juntemos a él nuestros espíritus, con el mismo amor con que antaño los unimos al superior suyo, y podamos repetir una vez más la grande y entusiástica estimación con que le vimos y le seguimos viendo.

En conclusión, el Dr. Serrano representó en su vida profesional desarrollos que formaron innegables progresos, y su valioso ejemplo de propaganda fue la viva expresión de sus puros anhelos de mejoramiento nuestro, de sus esfuerzos por constituir la sociedad sobre bases científicas; anhelos y esfuerzos que noble y honradamente prodigó para dilatar y afianzar el redentor imperio de las verdades demostrables.

Como semilla fecunda se desarrolla y crece en la vida contemporánea y dilata sus raíces y extiende sus ramas en todo el ambiente social, toda verdad científica. Para sustentación de nuestra vida, fue el Dr. Serrano sembrador de esas ricas simientes; y por haber desempeñado tan importantes funciones, no puede desaparecer, porque la sociedad no destruye a sus benefactores, sino que reclama y enaltece sus servicios, por instinto de conservación y por positivo agradecimiento.

Con maestros en un pueblo como el Dr. Rafael Serrano, nadie puede dudar del engrandecimiento de ese mismo pueblo. México ha de salvarse por el tenaz empeño de sus hijos cultos. El sabio español y adelantado pensador Rodríguez Carraco, en todo el mundo aplaudidísimo y respetado, expone: «Dicen los libros sagrados que la redención del género humano quedó consumada en el instante en que el Verbo se hizo carne; y el poder de la ciencia para redimir al hombre de las acciones opresoras a que nace sometido por la limitación de sus propios recursos, sólo se hace efectivo al encarnar la idea en la realidad concreta de su aplicación a la vida». Serrano fue de los animosos heraldos de la redención de México por la ciencia; de los redentores nuestros.

La conmemoración de un patriota de los títulos del Dr. Serrano, representa el reconocimiento de una vida meritoria por la calidad y la cantidad de los trabajos que la enalticieron; todos hijos de la madurez de juicio, todos propulsores de la cultura nacional, todos nacidos de generosas ilusiones, todos integradores de una actividad científica y honrada, realmente

buena, que remató en el fruto sazonado que muchos conocimos y gustamos y era uno de los próceres más castizos de la enseñanza, de la ciencia, de la filosofía y de la Medicina en la República Mexicana.

Si, como ha dicho el notable pensador Pompeyo Gener «la noble inmortalidad de la acción, o sea la perpetuación del hombre por sus hijos o discípulos, por sus actos o por sus ideas, es la única inmortalidad verdaderamente positiva; y ser inmortal no es más que prolongar la existencia más allá de la corta duración del individuo, realizando de algún modo un ideal de belleza, de ciencia, de bondad y de justicia», no cabe duda que el caro recuerdo del justiciero, el bondadoso, el sabio y el artista de primera magnitud que tan representativamente se simboliza en la persona del Dr. Rafael Serrano, que amó, que sintió el placer de realizar obras buenas, que las llevó a cabo movido por otros estímulos, que no el bajo impulso del egotismo, que pensó y dedicó su vida a enseñar y a calmar los dolores de sus semejantes, llenos de ideal su espíritu, de caridad su corazón y de justicia su conciencia, alentará perpetuamente en nuestras almas y nos consolará de su desaparición, honrando las páginas de la historia mexicana con la inextinguible luz de uno de nuestros más grandes y legítimos inmortales.

AGUSTIN ARAGON.